

# El Sombreroero

Nolram



# Capítulo 1

## **El Sombrero**

Las oleadas migratorias ya no eran lo mismo que en antaño, donde barcos repletos por aquellos que el hambre y los fusiles no pudieron eliminar llegaban al puerto de Buenos Aires en el anticuado siglo XX, pero gente que busca mejor suerte siempre habrá.

Sería el 2010, un año particular por terminar en cero y el festejo de muchos por el Mundial de Fútbol, pero para Romualdo Aker había sido el principio de su vida, siendo un parto muy fácil e incluso en tiempo récord para lo que tardan normalmente. Romualdo por su abuelo, uno de esos obreros cualificados específicamente un tornero de barco y de esos imprescindibles que en ningún puerto pueden faltar, laburante como ninguno, con cero afinidad por su propio país pero renegado a nunca poder salir de él se saca el disgusto y se conforma con trabajar en el puerto que para él, no es parte de Argentina sino más bien un misceláneo global.

Por coincidencias de la vida Romualdo Ricci asistió al Annika en una evaluación rutinaria, un transatlántico de gran tamaño proveniente de las lejanas tierras de Suecia. Alguna vez habrá escuchado o leído algo sobre ese lugar tan poco sonoro en su cabeza, lo único que pensó es que sin importar lo lejos que pareciese, vivían mejor que en su pocilga. Merodeando entre los pasillos angostos de la embarcación conoció a Pers Aker.

Al principio solo compartían el gusto por la navegación, dos enamorados de los barcos y con la condición principal de no tener nada que ver uno con el otro. Con un tosco y poco pulido inglés pudieron comunicarse muy bien sobre las partes del barco, estaban hablando en un mismo idioma utilizando otro como medio.

En esas salidas del puerto Romualdo lo invitó a tomar unas cervezas en un bar bien ubicado donde hacían algunos shows de tango, impresionar a su invitado con lo que el más valoraba de su propia cultura le hizo despertar cierto nacionalismo, sobre todo cuando este demostraba que algo no le terminaba de gustar. Pers se preguntaba cuanto tendrían que pagar si de dos cervezas traen maní, pan y palitos salados, a lo que Romualdo no supo responder muy bien para su sorpresa.

Ya se hacía la noche y con ya varias botellas de cerveza pasando por debajo de la mesa e incluso con un inglés más lerdo lograron contar algo de sus vidas. Pers Aker partió del puerto de Gotemburgo en la Annika para importar granos, ya en cierto punto tuvo que dar a entender algo así

como que desde el principio no iba a volver a tocar la borda de ese transatlántico, el explicaba que se había quedado porque quedó enamorado desde que vio el puerto de Buenos Aires y a la galante ciudad en esas horas de la mañana donde el sol naciente del este la hace ver como **La Ciudad de las Luces**.

Aunque eso enterneció a Romualdo la verdad era muy diferente y el lo sabía perfectamente. En Suecia no pasaba de la clase media baja con el trabajo de marino siendo para él una fuente de ingresos que le sabía a poco, prefiriendo vivir en algún lugar donde sus ahorros si valieran de algo, tuvo la suerte de tomar un cupo en el barco que lo llevó a ese lugar del que tanto andaba necesitando, tomando desde el mismo pico el último trago de cerveza comentó algo parecido a "Argentina, la tierra de la plata..." Romualdo no la cazó ni por asomo, ni si quiera sabía que ese era el significado del nombre de su país así que se agarró a la idea de que Pers venía a hacer buen dinero.

En los próximos dos años se ajustó a aprender español y claramente, con su cabello dorado y mirada celestina convencía a cualquier persona de ayudarlo en esa labor perfeccionando su tosco castellano y hacer buenas migas con Romualdo, al fin y al cabo era aquel tornero era un tipo amargueta pero con un cariño hacia todo lo que venga de afuera como ninguno, e incluso dejándolo vivir en su casa hasta que consiguiese un lugar donde vivir. Pers dudó por momentos de si alguien pudiera ser tan amable viniendo de una sociedad tan fría como era la suya.

Ya en 2009 y con un departamento propio, Romualdo barajó el presentarle a su hija Carolina para que hiciera en un principio una buena amistad. Pero Pers y ella no hicieron migas, esas molestan entre las sabanas de la cama y por ello les habrá ido bien. Carolina Ricci era mujer fina como ninguna, suave, enternecedora y educada única y exclusivamente para mezclarse con la alta sociedad. En algún momento Romualdo y su mujer Elvira en su desespero por ascender en escala social decidieron criar a Carolina con el único fin de gustarle a alguno de esos que visten con traje y corbata y quien sabe, vivir en una casona e irse de vacaciones a Europa todos los veranos, lastimosamente Elvira murió de lupus antes de que Carolina cumpliera la mayoría de edad y Romualdo sumido en su angustia prefirió enfocarse en su trabajo desatendiendo la educación profesional de su hija.

Retomando desde el punto con el que se empezó. Romualdo Aker nació en el seno de una familia sueco-argentina clase media alta, dominando ambos idiomas a la perfección a la edad de 6 años, con el inglés la llevó igual de fácil aprendiendo de oído por internet al idioma anglosajón y un verdadero genio de las letras, con las matemáticas las llevaba menos pero igual se las arreglaba. Tan bueno era que a su corta edad de 10 años ya dominaba tres idiomas con el agregado de empezar a hablar francés en la escuela, una escuela privada para gente de la alta sociedad, a Pers solo

le molestó que no enseñasen sueco, pero prefirió cederle el rol educativo a la tan eufórica y sensitiva madre.

Las preocupaciones con su desempeño escolar nunca se presentaron siendo siempre un chico aplicado y estudioso, pero por el lado físico parecía ser menos alentador. Su pediatra en cada consulta remarcaba un ganglio en la altura del cerebelo y una pequeña verruga en su cabeza, aunque esta última en tono de broma, no tenían razón de ser y sus padres probaron con muchas cosas, desde la medicina hasta la astrología pero ahí seguían.

Pero ese no era el único problema relacionado con su cabeza, debido su comportamiento algunos especialistas y psiquiatras se interesaron por su caso y comenzaron las pruebas, no cabía dudas, Romualdo tenía Síndrome de Savant y uno bien orientado hacia la lectura, según él podía imaginar los libros que había leído en el aire y pasar las páginas como si lo tuviera en sus manos pero no era tan grave como para cambiarlo de escuela.

En la primaria se ganó el aprecio de sus compañeros y profesores, cosa rara teniendo en cuenta la persona tan particular que era con su timidez y apariencia amigable digna de los mejores maltratos escolares, vistiendo siempre un sombrero de copa ancha negro que emanaba un estilo *jazz* y ese detalle le hizo valedor de su apodo: "**El Sombrero**". Su pálida piel combinada con su estilo negro de vestir pero, el papel nunca se llevó bien con el Sol. teniendo que esquivar al astro diurno en todo momento y se pegaba a los lugares con más humedad como cuartos cerrados y rincones sombríos, aún con estas malas costumbres nunca se le escuchó un resfriado, nunca se le vio un grano de varicela ni ninguna enfermedad, solamente ese bendito ganglio.

Una cosa nunca pudo disfrutar y esa era la música, para él eran solo ruidos sin sentido ni lógica siendo similares a chillidos o al graznido de una garza atragantada, algo había leído alguna vez y recordó exactamente que era; Un manual de trastornos mentales que le había dado un psiquiatra alguna vez, mientras caminaba a la clase de educación física pasaba las páginas de ese libro en su cabeza, aquello se llama Amusia. Con su don pudo apañar un poco la situación leyendo directamente las partituras pudiendo disfrutar de las canciones en el papel, si era música tropical incluso hacía movimientos cual muñeco de gomería pero era feliz con ello, con sus movimientos de vegetal.

Comenzaba el año 2028 y 18 años de vida lo premiaban, una vez cumplidos decidió empezar a escribir aprovechando un trabajo en el espacio literario semanal del diario escribiendo cuentos blancos para desintoxicar al público del amarillismo, eso de la política tampoco le importaba pero era un trabajo de medio tiempo. Mientras dedicaba sus ratos libres a escribir cuentos también comenzaba su Licenciatura en

literatura inglesa, prefiriendo la educación privada que tanto adoraba su familia.

Lastimosamente Romualdo destacaba solamente en lo particular, anímicamente cada vez estaba peor y viéndose demacrado, su piel con el pasar del tiempo pasó de la blancura del papel al verde del musgo, cada vez tenía menos pelo ya no quedando ese pelo que castaño claro que ocultaba bajo su sombrero, como tampoco respiraba ni caminaba bien ya usando bastón.

La historia estaba destinada a repetirse, los análisis no mentían. La historia clínica era confusa, tenía tantas enfermedades como ninguna, tanto que para algunos tenía cáncer, también necrosis acelerada e incluso uno de los médicos a los que visitó barajó que estaba rezando poco, el último logró dilucidar algo y no era ni más ni menos que lupus, el mismo que llevó a su abuela a la muerte lo llevaría a él también.

Los ganglios no paraban de crecer por todo su cuerpo, sobre todo en la zona del cuello y cabeza. Eso que era un verruga empezó a hincharse "Siempre estuvo ahí y no lo supe ver" pensaba acostado en su cama, ni siquiera podía decirle su pesar y dolor a su madre, su mejor amiga y confidente solo para no preocuparla. Ya ni siquiera soñaba por las noches, es como si estuviera esperando a que en cierto momento del sueño tampoco pudiera levantarse.

Desde ese día le costó cada vez más peinarse y no solo por algo de debilidad física, estaba tomando tantos remedios como letras una poesía, escribir era su única fuente de entretenimiento y leer su abstracción del mundo. Parecía que la vida del prodigio de la lectura llegaba a sus capítulos finales temiendo todo el tiempo que llegasen al punto final, ni siquiera iba escribir ni leer su propio epílogo y eso le comía la cabeza y esa entre muchas otras le hizo recaer en el alcohol, durante una resaca escribió su carta de despedida. Antes de irse a dormir la guardó en su pantalón.

Cada día era más difícil peinarse porque el peine se trababa con esa verruga en su cabeza, eso le quedó en la cabeza dando vueltas. Algo tenía clavado en la cabeza y he aquí al problema que eso siempre estuvo allí, una cosa que lo acompañó toda su vida pero no sabía qué era, ya de verruga tenía poco y mucho de forúnculo tomó forma.

Su sensibilidad al Sol y a la humedad crecían cada vez más y eso solo le hizo pensar que su cerebro estaba fallando, incluso la realidad y la ficción de sus cuentos parecía confusa. Algo había leído alguna vez, unos síntomas muy particulares los manifestaban algunas hormigas e insectos, pero era imposible eso, no había casos registrados de que eso fuera en humanos. Esta vez tenía que tomar una decisión por su cuenta sin

intervención ajena por primera vez en su vida.

Esa semana fue muy difícil para él, ya que la editorial empezaba a prescindir de sus ausencias al trabajo constante y a su material ya no tenía esa frescura que tanto lo caracterizaba. Pero en vez de deprimirse en su agonía, un instinto de supervivencia inusual le dio fuerzas de donde no tenía salud ni ganas, como si su vida dependiese de su propia muerte. Cuando lánguidamente levantó la persiana y vio el sol del mediodía este instinto se apaciguó, incluso en su locura de realidad – ficción se planteó terminantemente que su vida debía acabar lo antes posible porque cuando hubiera sombra ya sería demasiado tarde.

Teniendo el Winchester de su abuelo en el cajón le nació un deseo profundo de ahorcarse en un árbol, salió sin su sombrero y corrió a hacer los preparativos. Compró la soga más gruesa que había en la ferretería pidiéndola de forma suspicaz y disimulada, una soga que soporte el peso de una caja de unos 56,7.

De entre todas las opciones lo convencía el árbol del parque, uno que estaba pegado a los juegos infantiles donde se juntaban los recién salidos de la escuela pero, los últimos esbozos de su psiquis le hicieron decantarse por un pino aislado en una pequeña parcela de tierra que en algún momento iba a ser un complejo departamental o eso recordaba leer de un cartel en ese lugar. Su árbol favorito era el olivo por lo retorcido que era, un rasgo del que jactaba aprovechar bien pero sí estaba en lo cierto tenía que elegir el árbol más empinado que hubiera, total, sus instintos lo obligarían a ahorcarse igualmente quiera o no. Ató la soga a su cuello de una forma extraña para un suicida ya que la enrolló en su cuello cual pitón y ya en la copa del pino con sus propias manos hizo un nudo a las apuradas sobre el palo mayor del mismo teniendo suerte de que se agarrase a una de las ramas y no lo dejase caer.

Cuando notó que estaba todo listo se dejó caer al vacío imitando a los buceadores que había leído en las novelas de aventura submarina, rompió algunas ramas en su caída que si no hubiera sido mortal lo hubieran dejado parálítico de por vida, aunque tuvo suerte. Su cuerpo colgaba macabramente de la copa del pino, pero el apodo del sombrerero lo llevaría hasta la muerte, de ese forúnculo empezó a nacer algo más, un sombrero marrón con manchas blancas que iba creciendo rápidamente después de su muerte y liberaba su metástasis al suelo infructuosamente, nadie iba a recibir esa rociada fúngica, el pino crece alto para tomar la mayor cantidad de sol y bien se sabe que los hongos se ocultan tras la sombra para evitar los rayos solares.

Las agujas de los relojes daban las 17:31, un barrendero desde la otra cuadra al cuerpo colgado de Romualdo y llamó a emergencias. La policía llegó y no pudieron creer tal escenario, bajaron su cuerpo cuando el reloj

ya marcaba las 18:04.

El Sombrero resultó fruto de una simbiosis inviable, conocida como parasitismo donde él era un hospedador. Un uso y abuso tan agresivo por parte del huésped llevó a la muerte a ambos.

A la luz seca del verano colgaba el cuerpo de Romualdo Aker, mientras la policía científica lo embolsaba y trasladaba para la autopsia, uno de los policías que lo bajaron de la copa de ese lúgubre árbol sacó del bolsillo de Romualdo una carta de despedida, El Sombrero no pudo escribir ni leer su epílogo, pero sí su epitafio.